

## **A Ulpiano**

**19-IV-2005**

**SantyTC**

¡Autopista de peaje en Las Salas! Pues sí ha existido, o más bien  
.... 'Autocamino de peaje'. (Ulpiano, *El Escubiello* 2-5-2004)

Soñé anoche uno de esos sueños tan real, que ficción hacen de tu entorno al despertar. Y al cobrar conciencia de la verdad de aquel sueño, la razón preguntas del azar o del misterio de la grabadora onírica que hace esa visión tan palatina, que los más incongruentes detalles de luz y sombra te ves capaz de transmitir con total fidelidad.

Había llegado a Vegacerneja, ese pueblo hacia Pontón que apenas se salvó por los pelos de perecer ahogado en la inundación genocida del alto Esla. No sé si lo había hecho andando, en coche, en bici, o nadando desde ese muro de la vergüenza en Las Salas, desde los pies de ese monstruoso reptil gigante hasta una de las bífidas puntas múltiples de esa su pavorosa lengua que lame las primeras casas de La Vega, ansioso de engullir habitáculos y gentes, como ya hizo con nueve pueblos enteros y como hace cada primavera con la fértil Vega de las Llamas. Arrebátale al pueblín la mitad de su nombre, La Vega, para retirarse poco a poco cuando ésta está ya medio muerta y volver a devorarla, el muy ladino, cuando empieza a recuperar su verdor a la primavera siguiente. De igual forma se comporta ese monstruo sanguinario a salivazo sucio y a latigazo limpio de su repetida lengua retráctil, degustando Bocadehuérgano, Burón y Ormas o el ya cadáver putrefacto de aquel paraíso de Anciles, a quien se entretiene en acariciar lingüísticamente como saboreando su descomposición y su muerte.

El caso es que en Vegacerneja encontréme de pronto a la puerta del corral de mi tía Priscila, en su casa que lo había sido antes de mis abuelos maternos. Por ser fecha señalada, no sé si boda, bautizo, Nuestra Señora o gocho, la invitación a comer a todos los primos se da por supuesta a los que de la casa somos como nietos de aquellos remotos Eulogio y Aurea. Las caras de Abilio y de su hija Lidia pasan como en flash y también se cruza su hermano Ignacio en mi ángulo visual. ¿O es su gemelo el primo Eulogio? Aunque a decir verdad, su rostro flaco y despierto se ha mudado en el de Gilberto, si bien un palmo ha ganado en altura imitando la figura no de Tiotheófilo mas de la tía Jesusa. Varios chiquillos, del Pidio por la pinta, juegan del antojano a la

huerta. Su jolgorio difumina las más familiares voces de mis primos los de Constante y tía Priscila, que es quien, como siempre cariñosa y suave, nítidamente se planta en mi pupila y en mis brazos con su falda de alegres lunares negros, mientras como de costumbre comenta amorosa mi parecido con su pequeño Constantino.

- ¿Cuántos años tiene, Tía? - de sopetón la interrumpo.
- Ciento dos y medio, hijo - responde sin titubear.
- Pues su cara y porte, Tía, de los cincuenta no pasan – le contesto convencido y sin cumplidos, agachándome por dar paso a una fila de cucharas que perseguidas por otros tantos tenedores van aterrizando ordenadamente en las mesas al toparse con sendos cuchillos que rigurosos cortan el tráfico, asignando a cada cubierto su dirección y sitio perfectos.
- Perdona que te deje, hijo, que atender tengo al trasiego de tanto volar de cacharros, no sea que alguno tropiece.

Y mientras su sonrisa placentera y dulce me arranca inesperadas lágrimas que sin más ni más la garganta me inundan y me nublan la vista, suavemente se volatiliza mi anfitriona en busca de una cazuela, que flotando viene a metro y medio del suelo para ceder el paso a la altura de la portillera a un pote ligero y ya vacío que transita en dirección contraria en busca de consomé de repuesto.

Mientras observaba aquel trájín de viandas y utensilios culinarios, inferí que mi súbita congoja tal vez originar se hubiera en esa sonrisa dulce de mi tía que provocar siempre consigue en mí la añoranza de su hermana, mi desaparecida madre. Pero lo que más me asombra ahora al escribir estas líneas es la segura y rápida respuesta sobre su edad en el sueño, que, ya despierto, me cuesta varios minutos dilucidar como exacta. Si mi lentitud vital es tan proverbial como las malas lenguas apuntan, ¿cómo es posible, por los coritos de un sapo, que tan rápido sea yo en el sueño como tales hechos barruntan?

Pues bien, y ya de vuelta al sueño desde esa escapada narrativa que mi condición de narrador me permite, me dispuse para el ágape que no tenía lugar ni en cocina ni en comedor ni en corral, sino en esa calle sin asfaltar adyacente que conduce a la cuadra de Javier el de tía Priscila. Y me asignaron a la vuelta de la esquina una mesa con un señor de porte distinguido y culto, que irradiaba satisfacción y contento, aunque el banquete medicinal que se estaba propinando lo catalogara visiblemente aquejado de enfermedad que no por grave pareciera importarle en demasía.

- ¿Conoce usted Hamilton College? – me preguntó con tal efectismo que a punto estuve de caerme de la silla.

- Por supuesto. Allí enseñó – acerté a balbucear con asombro, esquivando una caceta plena de rebosante caldo que se dirigiera impertérrita a un plato hondo que ceremonioso la recibiera, parándose a lo platillo volante en su inevitable destino.
- Justo a punto y en su punto, madre – oí la voz de Araceli sorbiendo con entusiasmo mas prolongadamente aquellos fideos de ensueño -. ¡Mmmm!
- ¡Ah! Entonces eres SantyTC el que escribe en el Escubiello – volvió a la carga mi compañero de mesa sin titubeo alguno, cambiando, otra vez de súbito, del formalismo al tuteo.
- Así es, aunque hace un siglo que no entro en la página – indiqué entre culpable y avergonzado, mientras un nutrido puñado de garbanzos charlaban informalmente con unas apelotonadas berzas a la espera de caer en el lugar que la sopa les dejara.
- También escribo yo allí, – afirmó con orgullo mi adlátere – y mucho echo de menos tus escritos, aunque con usted disienta muchas veces – siguió alternando el trato, mientras a mí se me iban los ojos de las berzas a los garbanzos y de todos ellos a la transpuesta cara de Araceli al saborear con deleite esa combinación tan sensual en sus vocablos como en su exquisito sabor complementario.

Me fijé entonces en el corte tradicional de mi vecino y pensé que mis largas notas pudieran ofenderle, e incluso hasta enfurecerle. Tomaba él en aquel momento con suma tranquilidad un medicinal jarabe que le era servido por una especie de canalón dorado incrustado en una estructura rectangular más ancha y de igual color, que enmarcaba el arco del canalón entre bellos ribetes barrocos. El medicinal conducto sería de 25 a 30 metros de largo por 25 a 30 centímetros de ancho, con el conducto semicircular perfectamente centrado de no más de 8 centímetros en latitud recorriendo todo el largo. Partía el bello y aparatoso medicinal conducto, en ángulo inclinado de menos de 45 grados hacia la boca de mi feliz interlocutor enfermo, desde la altura del boquero de la tenada del segundo piso de la cuadra de Javier, mas perfectamente suspendido sin conexión o apoyo alguno con otra cosa que no fuera el aire. Fluía el precioso líquido a pleno caudal, sin que tuviera fuente de origen ni que un caldero volante la alimentara, sino que se originaba allá arriba en la distancia como por arte de magia. Mientras el precioso jarabe entraba a borbotones en su boca, tratando yo de apartarme, no tanto para evitar las salpicaduras cuanto por no estorbar y por evitar los destellos dorados que me impedían una visión nítida de su cara, me amarró él con su brazo izquierdo libre, manteniéndome amistosamente a su lado mientras me susurraba al oído con una voz cada vez más débil:

- Disiento con tus ideas pero admiro que des la cara sin esconderte en anónimos.

- Es que me ... – intenté en vano responder, puesta la vista en una ristra de morcillas que serpenteantes se abrían paso entre unos cuantos rellenos amarillos y varios trozos de brillante tocino blanco.
- Yo también enseñé en los USA, en la jesuítica Universidad de Vilanova del estado de Pennsylvania – interrumpió con aire marcial mis incipientes palabras de agradecimiento.
- Debió usted conocer a mi hermano Eugenio – repuse mientras lo catalogaba unos años más joven y veía de soslayo un cabrito hecho añicos correteando entre chorizos.
- Pues claro, hombre – repuso extrañado ante el para él absurdo de una evidencia -. Pero ¿es que no me reconoces?
- ¡Ah, claro! - constaté de súbito en un teatral aparte para mis adentros - ¡Andá! ¡Si estaré yo acaso ante el mismísimo Peña Mateo! – Y ya en voz alta continué, tratando de darle coba pensando en hacerme famoso descubriendo el secreto mejor guardado del Escubiello. - ¡Cómo puedo ser tan idiota! ¡Lo siento! ¡Claro que lo recuerdo de sus apasionadas disquisiciones filosóficas, religiosas y políticas en casa de mi hermano, allá en Scranton! A propósito, ¿podría usted desviar hacia mi plato una de esas marmitas que a su alcance pasan?
- Pero Santiaguín, ¿es que tú estás tonto? Ese debía ser Ed Capestany – cortó de raíz mi rollo -. Jamás puse un pie en Scranton, pues, como agente secreto, todo el mundo pensaba que estaba en Valladolid, aunque en realidad desarrollara mi pasión infantil investigando con propósitos policíacos las estructuras de puentes colgantes y fijos de las Conjas a Vilanova. Eugenio y yo hablábamos a menudo por líneas secretas de temas científicos, es verdad, pero sobre todo de lo que hablábamos más era de Las Salas. Y siento no poder ayudarte con tanto recipiente volante, que el médico me tiene muy dicho que el cocido ni tocarlo.
- Ah bueno – baluceé ya completamente perdido, mientras trataba de enfocar un rostro que los destellos dorados de aquel enorme conducto medicinal hacían ora demasiado oscuro ora demasiado claro, siempre destellante. Además, tal trasiego de viandas, cacharros, bebidas y postres hacían imposible el enfoque.
- Este cabrito es tan tierno que se deshace en las papilas sin necesidad de muelas ni dientes. Y no digamos de la chispa de estos chorizo y morcilla que mojados en el pan con la grasa de esta succulenta barbada van a hacerme explotar, que ya no me quedan ojales en el cinto ni depósito en la papada – escuché decir en éxtasis a mi espalda a un comensal tan envidiado que me importaba un comino fuera hermano, primo o cuñado.

De pronto dio mi acompañante una voltereta, catapultándose desde su silla-camilla para incrustarse como un obús en una maleta que no había hasta ahora notado en la opuesta parte izquierda de la calle según caminas en dirección al río. Salió de igual forma catapultado del maletón para aterrizar en

acrobática cabriola en una silla vacía de la mesa vecina, desde la que, sorprendido por su error de cálculo, se autopulsó en idéntica pirueta a su hamaca contigua a mi silla. Ocurrió todo ello en menos de un pestañeo con la extraña circunstancia de que siempre aterrizaba de crisma con tremendo testarazo, aunque en la milésima de segundo siguiente ya estaba su cabeza en el lugar en que los pies habían quedado asomando. Fue maravilla tal el teatral espectáculo, que por un momento quedó congelado cualquier otro movimiento como si la vida o el sueño se hubieran parado en un borgiano *milagro secreto* o en un cuadro del *Twilight Zone* cinematográfico.

Una de mis primas—por su desparpajo me pareció Carmelita—aclaraba que la enfermedad de mi ilustre adlátere le impedía moverse normalmente sin experimentar un agudo dolor, por lo que cambiaba de lugar tan guapamente por los aires para evitar cualquier sufrimiento, como cuando saltas de chapuzo al agua en vez de entrar lentamente en el río sufriendo la líquida frialdad milímetro a milímetro.

Ante una explicación tan lógica, arrancó de nuevo sin más dilación el compás de aquel leonés cocido volante que por la pinta no era maragato, sino que tenía principio y fin como una narración normal, que cual la vida misma no empieza por el final, sino justo al principio como Dios manda, en oposición a tanta post-modernista mandanga, que no hace sino confundir a ese devoto lector de la masa quien, diga lo que diga Ortega, bien entiende y no le gusta la imposición francesa de terminar por la sopa, que es como acaba el cocido maragato por exigencia culinaria de Napoleón en persona.

Entretanto, mi distinguido compañero de mesa se había semitumbado cómodamente en su sillón—que la naturaleza de su asiento cambiaba proteicamente a mi vista y a su gusto—, mientras sacaba de su elegante faltriquera el objeto de su viaje a tres bandas a la susodicha maleta: un precioso estuche de madera noble con incrustaciones escultóricas de marfil a medio relieve, que me recordaron una preciosa pieza del Museo monástico de San Millán de la Cogolla.

- Es para ti – musitó familiarizando definitivamente el trato con el mayor de los afectos.
- Ahora sí que no entiendo nada – le respondí desistiendo ya, no ya de ni siquiera saborear una de aquellas saludables androjas que cual minúsculos cojines orientales flotantes se ofrecían inalcanzables en el horizonte de una viga, sino ni de poder ni catar aquel brazo de gitano tan tentador que asomaba a la ventana, ese orujo en bella fuente o esta reineta tan lozana con la que estos niños impertinentes juegan ya a béisbol en plena calle, de mis narices justo enfrente.

- Es el mayor tesoro que poseo – añadió cada vez más pausada y placenteramente.
- Me parece estar viviendo un sueño – observé entre desesperado e incrédulo por no poder probar bocado.
- Es un premio al mérito policiaco que me regaló el Canciller Helmut Kohl en Alemania. Pertenece a Carlos I de España y V del ger—má—ni—co—im—pee—riii—OoOo. – acabó pausadamente su diálogo.

Al notar la lentitud de sus últimas palabras y la práctica desaparición de los platillos volantes del postre que habían dado ya paso a esa atmósfera irrespirable y lenta de los humeantes meandros del farías, volví la vista hacia su rostro constatando la paz de su mirada y cerrándole suavemente los párpados mientras le increpaba entre compungido y desesperado:

- ¿Eres Peña Mateo, amigo mío?

No obtuve ya por respuesta sino una amplia sonrisa irónica y lánguida. Entre mis manos sostenía, con el habla rota por la admiración y el dolor, la preciosa cadena de oro que el estuche contenía, de la que a equidistante distancia pendían doce medallones dorados ennegrecidos por tanto humo y tantos siglos: un águila imperial desgastada y noble, el perro manoseado y fiel que inmortalizara Tiziano, Venus saliendo de la concha en maravillosa miniatura en bajo relieve,...

El brillo de la cuarta joya refulgió tan resplandeciente que me despertó de golpe, restregándome los ojos con la pesadumbre de no haber podido ni siquiera balbucear mi más profundo agradecimiento a aquél mi benefactor notable. Para más desesperación mía, me encontré con las manos vacías de estuche, cadena y medallas y con el estómago hambriento de aquella succulenta cena en que no había catado el cocido sino sus maravillosos viajes en plato, cazuela o fuente y hasta en libertad continente, en que todos los comensales, difuminados tras la figura de mi feliz colega y medicinal penitente, movían con voluptuosidad los carrillos sin haber podido yo siquiera hincarle el diente.

Mientras la ruda realidad recuperando iba el terreno a la paz de aquel ensueño, cuyas suaves formas dieran paso a esa nebulosa duerme-vela confusa de los espacios limítrofes entre los ojos de un Guadiana sonámbulo que se abren y se cierran al capricho de la geología de tierra y agua, descanso y cansancio, lágrimas y legañas, me sacudió de repente una imagen que me hizo incorporarme de golpe en la cama:

- ¿Qué te pasa? – se asustó Bonnie a mi lado.
- ¡Era clavado a Piano! – articulé de forma ya claramente audible con extraño convencimiento

- You scared me – se tranquilizó ella.

Ya completamente despierto, bajé presto a zampar el desayuno mientras el sueño seguía tan extrañamente vivo en mi mente, que no tuve más remedio que ponerlo por escrito antes de salir a enseñar mi clase de Introducción a la literatura española, en que, con San Manuel Bueno, mártir como referente, discutimos las ideas del pecado de haber nacido que es la muerte, de la razonada duda ontológica unamuniana y de la vital vacilación teológica de San Manuel, de Moisés y del mismísimo Cristo, de la fe inocente y ciega del pueblo y de su Blasillo el tonto, de la tenue separación entre la realidad y ficción de Ángela Carballino y entre historia e intrahistoria unamunescas, del sueño de la vida y la vida como sueño de este diario quehacer ficticio o real nuestro. Me sentí también íntimamente identificado con los pensamientos últimos de la narración de Ángela Carballino, quien—cincuentona cual quien suscribe y en medio de un paisaje nevado en que la edad plateada y blanquecina se une a la frialdad y blancura de ese clima de Valverde de Lucerna, de Clinton, de Las Salas de Alión y hasta de Vegacerneja—quien, repito, desde su “vieja casa materna” precisamente, difuminando iba, como yo, vida, narración y sueños:

Y esta nieve borra esquinas y borra sombras, pues hasta de noche la sombra alumbraba. Y no sé lo que es verdad y lo que es mentira, ni lo que vi y lo que soñé— o mejor lo que soñé y lo que sólo vi—, ni lo que supe ni lo que creí. Ni si estoy traspasando a este papel, tan blanco como la nieve, mi conciencia que en él se ha de quedar, quedándome yo sin ella. ¿Para qué tenerla ya...?....

Les temo a las autoridades de la tierra, a las autoridades temporales aunque sean las de la Iglesia.

Pero aquí queda esto y sea de su suerte lo que fuere. (Miguel de Unamuno, *San Manuel Bueno, mártir*)

Y ahí queda eso—escribía yo exactamente con estas mismas palabras y las siguientes antes de tener conciencia de mi identidad narrativa con la Carballino—para el placer interpretativo de los gurus oníricos fieles al señor Freud, de cualquier literato o lego cual quien suscribe o de otros científicos, y hasta como carnada apetitosa—preferiría decir cocido—de psicópatas que busquen alimento intelectual que les dé de qué hablar y de qué comer, que más no puedo añadir por no faltar a la verdad de la realidad del sueño.

La verdad es que entre unas cosas y otras a lo largo de todo el día no podía dejar de darle vueltas a aquel sueño preocupante y más bien raro. Me llevaban los demonios por haber desperdiciado aquel cocido, fuera o no fuera de ensueño. Que oportunidad como ésta en Clinton no se presenta si no es en el souvlaki y vavlava griegos que sirven en el restaurante Symeon's. Mas por muy bueno y mediterráneo que sea, no es lo mismo, no señor. Además, me hubiera

gustado charlar más con primos y tíos, que a Javier, por ejemplo, creo que ni me lo crucé entre tantos peroles y sobresaltos. Y habían sido muchas las horas que en mis veranos juveniles habíamos pasado juntos de las Llamas a Retuerto, de Pandián a Cullía: rastreando hora tras hora, marallo a marallo, prado a prado, a uno y otro lado de aquellas interminables rectas de la carretera, aquellas inmensas planicies que en Las Salas no existían; de caza con aquel Sol blanco y negro que se tuvo que morir de viejo por faltarme el corazón para darle como se me pedía un tiro de gracia a sangre fría; de pesca en aquel pequeño río de agua tan cristalina y fría que las truchas, por esquivas o inteligentes, difícil te lo ponían; jugando y haciendo diabluras con Epi y Pachicoyé, a quienes sentí como mis primeros niños, que aunque realmente no fueran hijos ni aun sobrinos en primer grado, lo fueron en grado sumo y antes que nadie; admirando la pericia y el arte de Abilio con los anzuelos de pluma que desde su caña volaban donde él quería con exactitud matemática para cobrar tanta vida a flor de agua que no sólo engatusaba a las truchas sino que a los pájaros—y yo entre ellos—fascinaba y hasta a los otros mosquitos de carne y hueso enamoraba. Algunos meses creo haber asistido a la escuela de La Vega, según me recordaba el añorado Boni, mi colega de estudios en tal época y amigo posterior en la Universidad de León. Borrado se han de mi mente éstos y otros recuerdos si no es por algunas imágenes nebulosas que lucho por recobrar, para rescatar mi memoria materna que nunca he echado de más. Esperando he de seguir por el sueño que recupere tales imágenes que perdidas siguen sin pena ni gloria en ese mi subconsciente caprichoso y cruel.

Pero el hecho es que acabados clase, lecturas, estudios, correcciones, asesorías, contestaciones sin cuento a mil cuestiones banales y toda esa ardua tarea del trabajo diario de un “workoholic” empedernido, necesidad siento ante el imperativo del matutino sueño de buscar relajante baño en el Escubiello.

A él me lanzo de sopetón para descubrir en el primer chapuzo la triste noticia de Piano. Sobrecogido quedo no sólo por ese escopetazo que me resulta de todo punto increíble y ficticio sino, sobre todo, por empatía con los suyos, y, además, por lo inesperada y por lo inmediata de esa su nítida imagen, protagonista inequívoca de ese reciente sueño mío. ¿Qué hacía Piano de protagonista y centro y no de convidado de piedra en el sueño de una comilona familiar con sólo mis primos maternos? ¿Qué extraño azar o misterio le había traído a mi inconsciente precisamente en esas fechas, ya que no recuerdo haber tenido de él un sueño tan vívido en todos los días de mi vida? Sospecho que fue Piano mismo quien orquestó aquel sueño, cuyo peculiar cocido esconde comunes hambres infantiles en Las Salas y necesidades medicinales presentes. No se me oculta tampoco que el azar de que mi madre llegara de Vegacerneja a Las Salas se debe al tío Ulpiano, lo que originó por nuestra parte la primada materna de la Vega. Me pregunto si se juntaron los tres, Piano, tío Ulpiano y mi madre para arreglar el testimonio de aquella deuda. Me pregunto si también es Piano—o



todos ellos—quien se halla orquestando ahora los compases de esta escritura que trato yo de interpretar al piano de mi pluma, con no tanto arte y concisión como él hubiera hecho. Cuando a Bonnie le comenté de nuevo la misteriosa coincidencia de esa visita de Piano en mi sueño con su fallecimiento para mí ignorado en aquel momento, ella se limitó a replicar con la mayor naturalidad:

- He came to say good by to you, y ya está. Deja ya de darle vueltas.

Se habían mezclado en el Piano de mi sueño el afable e irónico rostro de tío Pepe y la mirada cálida y misteriosa de Ángeles. Una mezcla que a mí siempre me impuso admiración y respeto, en la seguridad de que siempre sabía Piano más de lo que decía y que se interesaba más de lo que mostraba. Bien nos lo enseñó por estas fechas hace un año en sus concisos compases del Escubiello, en los que, si bien no se prodigó tanto como hubiésemos deseado, demostró su conocimiento y sabiduría con estilo sobrio y sin aspavientos, cercano ioh qué sospecha! al de Peña Mateo con quien dialoga además en El Webero. El verano pasado, precisamente a raíz de esos escritos escubiellenses que nos unían, hablamos más de lo normal de todo un poco: del Escubiello, del pueblo, de la política. Entreveía yo nuestra dicotomía en ésta, mas con asuntos de interés común que nos invitaban no sólo a la comprensión sino al acuerdo de principio en no pocos puntos. Mas por otra parte, era Piano tan comedido en sus escritos y en su conversación, evitando adjetivos que denunciaran su propio parecer, que resulta arriesgado adivinar sus preferencias. Sus descripciones sobre puentes, peajes, Antruido o notables de Las Salas, incluyendo a su tío Benedicto, son tan precisas que resultan fotográficas, tal vez por profesional formación que evita los juicios de valor que ofrecen la abundancia de adjetivos que caracterizan mi estilo opuesto. Su prosa sólo exhibe, pues, algunos adjetivos numerales, raros descriptivos y ausencia casi total de los valorativos. Conseguía de esa forma una neutralidad que evitaba la polémica y, por si no estuviera claro por su estilo, pedía "disculpas si alguien he molestado." En tal espíritu, pido también disculpas por molestias que no busco, ya que admiro en él esa neutralidad que mi prosa alcanzar no puede por habérmelo negado la madre naturaleza.

Había sido antes Piano para mí el eslabón nominal de mi hermanito perdido al que con su nombre identificaba desde mi más tierna infancia. Había muerto mi hermano Ulpianín a los tres meses, quince años antes de que yo viniese al mundo. Sin embargo, los infinitos amor y pena de nuestra madre de su ausencia hicieron pura vida en recuerdos, llantos y oraciones, de forma que yo juraría haberlo conocido de niño como hermano y como nuestro particular angelín de la guarda. El hecho es que había nacido, según oí cientos de veces, el mismo día que murió tío Ulpiano, tío abuelo de Piano, y de ahí heredó su nombre, como el mismo Piano decía hace un año. Asumo que ello no fue sólo un homenaje de mis padres al tío Ulpiano, sino un reconocimiento de que fue precisamente gracias a él que tuvieron la dicha de conocerse.

Dicen las crónicas de familia que viniendo Santiago de los Pozos con una profunda espina clavada del encalder de una trecha, se sentó en el poyo del tío Ulpiano, mientras Fe y Ángeles, madre y tía de Cándido y hermanas de Benedicto, se regocijaban y mofaban (hoy diríamos cachondeaban) de los exagerados gritos de aquel comediante y de los lagrimones callados que a aquel chavalón le caían por las mejillas mientras ellas trataban de realizar su labor quirúrgica, aguja de lana en mano, y su primo Pepe asistía a la operación desternillándose de risa. Oído tal jolgorio, salió de la casa otra bellísima y recatada doncella a quien Santiago no sólo nunca había visto sino ni siquiera soñado. Y despertaron en ésta tal amor/dolor las calladas lágrimas del tal Santiago que, armada de una suave aguja de zurcir finas sedas, se sentó ante él y con caricia tierna y tacto suave le extrajo al ya completamente embobado la causa de su dolor sin que siquiera notara el pinchazo. Hay quien dice que la zarracina ejecutada por Fe y Ángeles funcionó de anestesia. Otros aventuran que lo de Domnina fue sortilegio. La opinión más común reza que fue simplemente flechazo. A mí, el último de sus vástagos, me parece inapelable que fue más bien agujazo. En lo que hay unanimidad entre unos y otros cronistas es que allí mismo, con las manos ensartadas entre espina y aguja y mirándose profundamente a los ojos, se juraron amor eterno. Cuarenta años después en una moderna clínica le extraían a Domnina una aguja enterita de la palma de la mano que allí había estado sin que ella nunca la hubiera notado. De la espina nació un rosal de dos gráciles tallos. De éstos brotaron 14 rosas más o menos frondosas y de todos los colores. Y hasta hay quien dice que todo lo que nació no fueron rosas, sino que en el medio del rosal apareció directamente la espina, esbelta mas dolorosa, que pupa hace a quien acercándose la toca. Lo que es impepinable es que, al caer cada rosa, el dolor es tan agudo como la espina que deja bien a la vista, como fue el caso de este y aquel Ulpianos de los rosales de tío Pepe y Ángeles, y de tía Domnina y Santiago.

Fueron desde aquellos lejanos tiempos las nuestras, dos familias paralelas en que había una correspondencia de mayores a pequeños hasta llegar a los benjamines, Esteban y un servidor, nacidos precisamente en el mismo año glorioso de 1948. Para Esteban cerca estaban Toñina, Pedro y Serafín; para mí, Blanquita, Ana Mary, Josefina y Carlos. Allá a lo lejos, como modelos inalcanzables y admirados se hallaban Piano y Donino por una parte y Dacio, Máximo, Eugenio y Benita por la otra, con el puente intermedio de Manuela, y de Pilar y tres más hasta llegar a Mary Luz y a Eulogio.

Y puesto que tú experto eres en puentes y su peaje, en mi sueño o realidad dejar claro quisiera que de acuerdo estoy contigo en aquella disquisición que en el Escubiello hiciste de que los hay grandes y chicos, de piedra y de madera, con una pilastra y hasta cuatro o más. Y bien sé, como dices que ocurrió en Las Salas, que hay puentes que se los lleva el río a causa de las

pilastras que, por quererlo acaparar todo, no dejan pasar troncos, guijarros y espinos en tumultuosas riadas, perdiendo su firmeza y dejándose ganar por truchas y culebras, que horadan sinuosas cuevas en la parte sumergida de sus bases. A río revuelto ganancia de pescadores o pescadoras. Ni a ti ni a mí ni a nadie gusta sufrir el pinchazo de la espina del rosal o del espino que amenaza la estabilidad del puente. Mas hemos de arrancar el pincho que en peligro otra vez ponga ese puente, a todas luces secular de tu casa, de la mía y de nuestro pueblo ejemplar. Y además de arrancar la causa, es necesario o calzar o prescindir de la pilastra que nos amenace ahogar. Pretenden solucionarlo estableciendo pasarelas, regulando aguas caudales, cuando no acaparándolas con nuestras truchas y queriendo hacernos creer que suyas son. Después de quedarse con ellas, con nuestro río y nuestro puente, con nuestras tierras, prados y casas mediante tergiversaciones, engaños o expropiaciones forzosas o de facto, nos venderán, si nos descuidamos, lo que era nuestro en licencias de regadío o de setas, en planes urbanísticos, en cotos y caminos en nuestras propias tierras que sólo a ellos benefician. Mediante decisiones unilaterales, sin contar con el parecer de la mayoría que no quiere permitir a quien lleva la batuta su sola voluntad y capricho provechoso, se modifica el catastro, se olvidan, rompen o adulteran los acuerdos y hasta se nos cobra la electricidad que se ha robado de nuestro propio traspatio. En tales ingenierías de propiedades y puentes fijos o colgantes eres tú, Piano, la autoridad. Y tú bien sabes que ya hace tiempo que el cencerro de Nisio ha dejado de sonar para peajes.

Si en nuestras infantiles disputas necesitábamos una autoridad de más peso que la que teníamos a mano, la de Esteban era Donino o Piano y la mía de Benita para abajo. La verdad es que yo tenía más valedores, pero al número oponía Esteban el poderío; que asumíamos que el de Donino y el de Piano era prácticamente infinito con todo el cuerpo de la policía nacional y secreta arropándoles. Teníamos entre ambas familias hasta un comodín en Dacio, quien en virtud de su trabajo en la Mina de los Arrosos con tío Pepe pasó a ser su chaval, lo que recíprocamente le valió el padrino de Toñina. Habían salido Piano y los demás en busca de un futuro incierto pero seguro, como admirable modelo y orgulloso apoyo de nuestras propias vidas.

Teníamos hacia esos hermanos mayores, como tú, Piano, y como Dacio, una admiración infantil y un callado respeto, no exentos de hondo orgullo y de fraternal añoranza con un par de arrobos de sana envidia pueblerina.

- Tengo que irme a encerrar los corderos antes de que llegue Piano.
- Quédate un momento, Esteban, pa ver si podemos peloncharle a estos mastuerzos esas gallarotas que nos gisvaron.
- Que no, oñe, Santiaguín, que si lo tengo sin hacer, sé que Piano se llevará un disgusto por no haber ayudado a mi madre.
- Anda ya, cacho bobo, que lo hagan Toñina o Pedro.

- Ya claro, y luego que me cueste un buen torniscón del Pedro ese, que bien decís es el críao del diablo.
- Sólo faltaba que te dejaras pegar por el mierdica ese. Que el otro día metió la directa tratando de atizarme a mí y en cuanto vio a Carlos tuvo que pasar a marcha atrás sin ni siquiera pisar el embrague. Díselo tú a Serafín, que de un manotazo te lo deja solucionado.
- Tira ya de una vez, cacho plomo — añade Juanito lanzando un zurdazo de aviso.
- La verdad es que es Pedro con quien mejor lo pasamos — añadí ya barruntando el ejemplar castigo que se me impondría aun por sospecha de cuestionar su indiscutible liderazgo, mientras rodilla desnuda en tierra “dedaba” cuidadosamente la gallarota hacia el pozo —. Pero ies que nos mete en cada una!
- ¡Y tanto! — tercia a éstas de nuevo Juanito — que la del púlpito y del confesionario última fue para esternillarse.
- Sí, claro, pa ellos, los mayores, que pa nosotros los guajines, más que risas, porracazos y otra vez encerrados el domingo después del rosario — añadió compungido Jose soplando disimuladamente a su bola que titubeaba si caer o no al agujero.
- ¡Así cualquiera la mete! Pero ya verás como las trampas salen palancas — protesta Esteban, metiendo mano al bolsillo en busca de otra canica de repuesto.
- A mí ya me pelonchasteis. ¿Quién me cambia estos dos morrocotudos frailes que conseguí en La Mata la Cortina con los corderos?
- Hasta cuatro gallarotas te doy a que puedas seguir jugando — me ofrece, ‘generoso’, Juanito.
- ¡Vaya rácano! ¡No hay derecho! Que por veinte gallarotas no tengo que subir ni a la Corra. Dame siquiera diez.
- Te doy hasta ocho y estos dos cartones que me sobran de la caja.
- ¿A ver? ¡Quincoces, que no lo tengo! ¡Trato hecho! Aquí tienes los dos frailes. Les he cortado a navaja hasta los cuernos. ¡Vaya miseria de gallarotas! ¿No tienes alguna alvar mayor?
- ¿Seguimos jugando o no? ¿A quién le toca ahora? — apura Jose —. Anda, Esteban, tira tú que eres el más pequeño de los cuatro.
- ¡Anda, claro, mira qué listo! ¡Y tú el mayor! ¿Es que pa esto no es también por mayores como cuando os conviene? — cuestiono por ser el siguiente, que al pocín ir el último ventaja notoria da, y esta preciosa gallarota en grave peligro se halla.
- ¡No, no y no! ¡Yo no tiro primero! Que empiece Juanito que es forastero. Además ya se está haciendo de noche y no se ve ya ni el pocín. ¡Calla? ... Ya se oye el coche de línea y tengo muchas ganas de ver al mi Piano— termina Esteban, alcanzando ya a todo correr ese puente que separa y une el Pueblo y Allálante.

- ¡Ji. ji, ji, ji. Ji! – Se desternilla Juanito —. El señor cura ha pescado a Esteban y a tocar al rosario le toca, perdiendo los primeros perdones del su Piano que se los llevará Toñina. ¡Vamos a escondernos a la mi cuadra, que Moreno no llegará hoy de Sama hasta de noche y podemos birlarnos el rosario.
- ¡Qué suerte tienen algunos, jolines! A mí no hay quien me salve nunca de misa, del calvario y del rosario; y uno en la iglesia y otro en casa. Aparte suelen caer las misas de confesiones y acostumbradas visitas de los curas, y eso sin contar novenas y rogativas pa que llueva o pa que escampe.
- ¡De qué te quejarás tú – protesta apasionado Juanito – que puedes estar siempre aquí en Las Salas. Te lo cambio por Madrid.
- De eso nada monada, que allí anda el pobre José Ignacio contando los días de llegar a Las Salas. Pero es que en mi casa es un asco. Nunca viene nadie hasta el verano. Se los traga la tierra a todos de Santo Domingo a Valencia, de América hasta Inglaterra. Y encima sólo quedo yo pa ir a Remolina, que eso ya es otra canción peor que perder gallarotas.

La connotación musical que tu nombre, Piano, conlleva, te define en suavidad y en fuerza, en musicalidad y en ritmo, en técnica y en inteligencia. Es mérito tuyo y de los tuyos haber transformado ese instrumento nominal en musical belleza y concierto, que sin duda ha de seguirte más allá, ultra, como también queda claro en tu nombre completo por la unión de prefijo y apodo, Ul-Piano.

A pesar de sentirte, Ulpiano, como uno de los míos y de sentir por ello contigo una comunión familiar y social íntima, eres también para mí una incógnita cercana que siempre he buscado resolver como propia. Y de ahí lo misterioso e indefinido de tu imagen onírica que sólo al final se hace meridiano descubrimiento.

Sospecho que has de estar más cerca de la placentera y envidiable seguridad de Juanita que de la cuestionante e intrigante inseguridad mía y de san Manuel Bueno. Infiero que Ratzinguer te ha de hacer tilín más que a mí, aunque sólo sea por su relación nominativa con tu tío Benedicto (que no con el Benedicto XV como algunos zambombos atisban). Y es que a mí me produce inquisitorial pavor la vuelta a los nepotismos y oscurantismos medievales de aquellos latinajos fundamentalistas que el Vaticano II parecía haber conseguido alejar, para volver al abierto mensaje original cristiano de paz, igualdad, salvación y perdón para todos. Con este nuevo Papa temo que la Iglesia vuelva a la burocratización del alma, del ser humano y hasta de Dios con el consabido centralismo y autoritarismo eclesiásticos, manejados con viril mano desde la capital del imperio romano, con la porraca del párroco contra los chavalines del pueblo y contra esos pobres gentiles de todo el mundo; contra todas esas viejinas que se humillan ante el poder que a ese curina le otorgan los secretos

de confesión pecado a pecado y los avaros responsos perrina a perrina; contra esas pobres Marías y Magdalenas que sin opción sacerdotal han de seguir prostituidas por ese poder machacante; contra todas esas minorías teológicas y sexuales que esa Iglesia Institucional e impersonal rehuye como la lepra; y contra el instinto de procreación natural y responsable del primer mandamiento divino. Veo llegar un coro Curial rojo en sangre de 200 viejos decrépitos tanto física como intelectualmente, contra el mandato y ejemplo de un joven y revolucionario Jesús. Han tergiversado a éste a la medida del tradicional poder de la Iglesia. Mas montado en furia algún día arrojará ese joven de 33 años a esa vetusta Curia de ese templo suntuoso en que las obras de misericordia son cuadros de Rafael y Miguel Ángel, en que el amor cristiano es hoguera inquisitorial contra la libertad de expresión de esos otros jóvenes jesuíticos, generosos y entusiastas a quienes achacan de herejes por no aceptar tragar las ruedas de molino por la Iglesia manufacturadas. En su lugar han vuelto a las sagradas formas de pan y el vino populares y divinos. Han puesto de nuevo sus ilusionados ojos jóvenes en un Espíritu Santo que no es una multinacional bancaria en un minúsculo y anciano estado Vaticano todopoderoso, sino que Lo redescubren como puro Amor en igualdad y libertad de razas, géneros y preferencias sin cortapisas personales, cívicas o autoritarias.

Te sospecho también más próximo que yo al ostentoso Madrid centralista (Razinger me suena a su entrenador) y a ese concierto en Do mayor para piano de cola, tan fastuosos y arrolladores que intentan siempre ocupar todo el escenario y aún la totalidad del auditorio. Aunque bien pudiera ser que me equivoque, pues bien sé que los de Las Salas son Pianos más pianos que perfectamente caben en nuestra acogedora iglesia, en nuestra humilde hermita y en la humilde cocina acogedora que nos vio nacer. Por eso prefiero a un Barça federalista y de frontera, ensimismado en su sencillo y seductor violoncelo, más cercano a los pianos de Las Salas. Prefiero la imagen de una iglesia más humilde y más abierta, proceso más que producto. Prefiero a la Cultural y Deportiva Leonesa, hecha a la medida de quienes anteponemos buscar a encontrar, desear a poseer, dudar a pontificar, competir a ganar, por lo que de vez en cuando paradójicamente encontramos, poseemos, pontificamos y ganamos como los demás. Sin embargo, lo hacemos siempre en continua búsqueda insatisfecha de la verdad del deseo y la pregunta, que se nos antoja sin comparación más bella y emocionante ("seguro azar" dice Guillén) que esa respuesta que no suele ser tan segura como se piensa.

Sé, Piano, que nos une a ambos lo más importante: nuestro común origen y nuestra final creencia que nace, crece y espera en la fuente de nuestro pueblo y en la vitalidad del agua como único medio de calmar y colmar la sed de nuestras gargantas, de nuestras tierras, de nuestras ansias de eternidad aquí en este pueblo nuestro. La seguridad de esos puentes del Pueblo, Allálante, la Olla o las Conjas nos aseguran el paso al otro lado del reguero o de ese río Esla

nuestro insignificante e imponente, manso y violento, cristalino y turbio, cálido y fresco, vivo y muerto como la vida y muerte mismas. La trinidad de las Pintas y la cercanía del cielo que desde el alto ya se toca, nos certifican el tránsito a ese Alión mítico de todos los que nos precedieron y preparan el sueño de ese nuestro paraíso que ha de acabar por realidad hacerse a costa de tanto deseo. Has alcanzado ya ese agua de la paz que toda sed calma. No tienes más que cogerla en ese cielo que te has ganado a puro güevo. Nosotros seguiremos luchando y suspirando por ella en este purgatorio y con estos diablillos que tratan de robárnosla, como tú bien ya sabes, con nocturnidad y alevosía.

Echaremos en falta tu verbo escueto. Ojalá que en las páginas del Escubiello alguien complete con esas tus mismas armas una biografía tuya más rica y precisa que aclare nuestro interés y ofrezca más precisión a ese olimpo de "Notables" de Alión a que por derecho propio perteneces.

Y por favor, Ulpiano, si tienes sólo la mitad de ese poder misterioso y valiente sagacidad en que Esteban y yo firmemente creíamos y confiamos, iéchanos una mano! Y diles a tus padres y a los míos y a todos los de ese pueblo de Las Salas celeste y a tu tío abuelo y a mi hermano, los tres Ulpianos, que—sin prisas, claro, que hay eternidad más que de sobra para todos—nos vayan preparando un sitio en ese Alión olímpico para los que aquí seguimos. Pero, sobre todo, ayudadnos todos cuanto podáis en este lado del puente, en este Alión de a diario con comunicación más fluida y abierta, sin envidias, con agua corriente hasta en agosto para beber, para regar y hasta para pescar a caña, a garrafa, a tenedor y a mano, que, por el camino que vamos, vamos a terminar o muertos de sed, o callados o silenciados.

iAh! ¡Y gracias por haber venido a despedirte en mi sueño! Y por ese impresionante e imperial regalo que te devuelvo con estas humildes palabras de admiración, de recuerdo y de paz. También es en mi caso el mayor bien que poseo, aparte de mis sueños: sonidos y signos escritos, preposiciones y adverbios, artículos y sustantivos, conjunciones y adjetivos, pronombres, puntuación y verbos.